

enumerar los ingredientes, las condiciones, las posibilidades de esa radical forma de humanidad que es ser mujer.

Hablar de la mujer implica hacerlo también del varón. Marías hablará, pues, de los dos, aunque como es obvio mucho más de la primera, y en primer lugar de los elementos comunes que hacen posible la intrínseca relación personal que les constituye. Se entiende de los elementos estructurales, no concretos de cada hombre o mujer, ya la femineidad y la virilidad afectan desde la raíz a cada uno de ellos. Pues bien, la sensibilidad, que es transparencia, es el órgano a través del cual el hombre entra en contacto con su circunstancia: el mundo, las cosas ilimitadas que contiene, la orla de misterio y trascendencia de la vida, los otros hombres. Sentido, los sentidos, sentir, sensible, sentencia, sentimiento han conservado la acepción originaria de **sensus**, «pensamiento», y de ahí «conocimiento». A través de los **sentimientos y de las pasiones** —la pasión en buena medida puede considerarse como un sentimiento profundo e intenso que agita el alma y «suscita una actividad o movimiento dirigido a otra persona o a alguna cosa»— son las interpretaciones **primarias** que la vida va dando a las huellas que la realidad deja en ella. Constituyen el subsuelo fecundo sobre el que la razón se apoya para configurar la vida con nítidas aristas de necesidad y evidencia. De ahí que la desvalorización de que son hoy objeto los buenos sentimientos sea un síntoma aterrador del estado interno de la vida contemporánea. Como con otras muchas cosas, bastó la frivolidad de una «frase», en este caso de Gide: «Con buenos sentimientos no se hace buena literatura», para que se haya generalizado su descrédito en todas partes. Y esto es muy grave, empezando por la literatura, ya que, precisa Marías, la frase de Gide puede ser verdad, «siempre que no se entienda que con malos sentimientos sí: con ellos se hace todavía peor».

No es difícil imaginar las consecuencias de esto: empobrecimiento sentimental, «sequedad de corazón», decadencia imparable del arte y de las letras, tendencia a reducir lo humano a unas pobrísimas abstracciones inarticuladas. Escribe Marías: «Las más importantes dimensiones de nuestra vida no son sentimientos, pero no son ajenos a lo sentimental: hay que tener presentes los sentimientos **concomitantes** con las pasiones y hasta con las más hondas determinaciones ontológicas de la vida humana.» Por otro lado, añade, los sentimientos «tienen un componente **imaginativo**, absolutamente esencial» que incide en la realización de las formas superiores del arte y, a la vez, son fecundados y configurados, vivificados, por éstas. Los sentimientos desempeñan también un papel decisivo en el plano religioso, ya que son ellos los que **abren** la vida humana al dominio de lo santo y trascendente. «Es claro —dice Marías— que la religión no es cuestión de sentimiento; pero, ¿quién duda de que hay sentimientos religiosos, y de que son un importante ingrediente de la religión?» Los sentimientos, por último, alientan el entusiasmo que despierta la admis-

El amor como proyecto de la vida humana

ración, dos de los resortes más importantes de la vida. En suma, sin efusión sentimental —que nada tiene que ver con el «sentimentalismo», no es preciso advertirlo— es imposible el acercamiento a la interioridad del otro, del prójimo, es decir, tener relaciones personales con él.

Tales son los supuestos que permiten iniciar la exploración de la mujer; son también los ingredientes que constituyen el ámbito «en el que puede acontecer el encuentro real con la mujer y las diversas formas de convivencia». La razón vital se mueve, como puede el lector ver una vez más, dentro de las **condiciones** de lo real, del que es la forma intrínseca y superior de razón, no de la razón abstracta y seductora. Pues bien, en algunas de las innumerables formas de la convivencia se desvela la **consistencia** de la mujer. Mas, ¿cuál es el criterio por el que percibimos la verdadera sustancia de la realidad? Cuando frente a la muerte, proclama Marías, su encuentro con ella no se revela como una objeción, sino al contrario: «Nos parece que sigue valiendo después de ella, a pesar de ella.» No es que cada cosa, como decía Spinoza, tienda a su perduración, sino que lo real, **para serlo**, implica serlo **siempre**. Esto quiere decir que la mujer sólo revela su verdadero ser en un ámbito bañado por la esperanza de la perduración personal, que la relación interpersonal que la descubre, la relación amorosa, está «hecha» de un anhelo de inmortalidad. Los poetas lo han sabido siempre:

*Sé que te estaré queriendo en la
tierra y en el mar cuando arriba
nos juntemos»*

Dicen los últimos versos de **La fundación del querer**, de Gerardo Diego.

La percepción de la interioridad de la persona tiene lugar a través del **sentido íntimo**, concepto de abolengo cristiano que la filosofía contemporánea ha redescubierto y reelaborado desde Maine de Biran y Gratry hasta Blondel y, últimamente en España, Marías. Es un sentido previo a la inteligencia y la voluntad, aquél con que entro **primariamente en** contacto con las cosas y conmigo mismo. Percibo, pues, al prójimo como alguien corporal, **encarnado**, que rezuma intimidad. No es que el cuerpo sea el «recipiente» del alma, ni que el hombre esté «compuesto» de «cuerpo y alma», sino que el modo de llegar a ser real de la persona es **encarnándose**. Lo corporeidad es, por tanto, un ingrediente de la persona, es **mía**. Para subrayarlo, Gabriel Marcel decía, exagerando: «Yo soy mi cuerpo.» No; es el proyecto de vida que me constituye el que está instalado en mi cuerpo, a través de cuya encarnación se «realiza». Para el cristiano, además, la Escritura dice que «el Verbo se hizo carne» y habla de la resurrección de los muertos como una «resurrección de la carne» en su existencia gloriosa en Dios. Precisamente, porque el hombre es corpóreo tiene interior/intimidad, y, físicamente, entrañas. Por eso, «el hombre puede

estar dentro de sí (ensimismado) o fuera de sí (enajenado, alienado)».

En la carne se expresa, late, se manifiesta, pues, el **quién** que es la persona. «Creo —escribe Marías— que las verdaderas relaciones entre hombre y mujer, muy diversas, de cualidades distintas, están determinadas por la convergencia del sentido íntimo y la condición carnal. Si se prefiere, una carne en que se manifiesta, descubre, encuentra la intimidad.» Una relación que será **biográfica**, entre dos **proyectos** que en cada momento se llenan de contenido real, esto es, a través del tiempo que constituye la historia. Y en una polaridad disyuntiva, es decir, que la estructura empírica del **varón** y la estructura empírica de la **mujer** crean los polos y el ámbito en que esa relación recíproca se va a ir constituyendo. La mujer, por ser en ella donde se renueva la vida, «tiene una más fuerte y cercana instalación en su corporeidad, en su carnalidad». Su dominio es el de la intrahistoria, es decir, el de la creación de un ámbito humano en que la vida es **posible**.

La palabra «intrahistoria» fue creada por Unamuno para designar «la vida tradicional que sirve de fondo permanente a la historia cambiante y visible» y ruidosa, la de los «bullangueros de la historia». Entendía Unamuno por «fondo permanente» la mayor y mejor parte de la actividad humana, la de «las aguas profundas que permanecen quietas y en reposo», mientras las olas, movidas por el viento, agitan la superficie del mar. «Y la historia pasa y marcha ruidosamente —recuerda Marías—, porque hay muchos que acuden a sus quehaceres y hacen cada día lo de todos los días: la vida es primariamente vida cotidiana, y sobre su fondo acontece todo lo demás, lo excepcional e insólito. «Creo —concluye— que ésta es la perspectiva en que hay que entender a la mujer.»

La «intrahistoria» —Marías modifica y enriquece la genial intuición de Unamuno— es, pues, lo permanente, el cimiento sobre el que se levanta la vida. Pero como todo lo humano es histórico, acontece en el tiempo y está hecho de él, lo permanente de la intrahistoria no es lo repetitivo, lo siempre igual, sino la **tradición**, el nivel histórico en que se sitúan las **condiciones** de la vida, sus requisitos fundamentales; algo, por tanto, que se transmite y se asimila, se revive y vivifica, se modifica y enriquece, se entiende en sus formas concretas y reales. Es lo que pasa y vuelve, se renueva con invención de realidad. La predilección por las cosas **básicas** no es rutina, sino afán de lo fundamental, de lo sustancial, del ámbito en que la vida puede **s'épanouir**, aceptar gozosamente su vocación y destino. Gracias a él, el hombre adquiere la capacidad de entrar en sí mismo, que «en la mujer —dice Marías— tiene un carácter más habitual, estable y seguro; **estar en sí misma**. Lo que en el hombre es más bien un acto vectorial, en la mujer es una instalación, por eso mismo menos perceptible. La mujer puede estar en sí misma —en lo decisivo ensimismada— mientras hace innumerables cosas, sobre todo, las que afectan

a la vida cotidiana, sin que ello perturbe su estabilidad, su reposo interior».

Este «estar en sí misma», esa irreductible manera de instalación radical en la vida, es la que le permite «quedarse» y cultivar, inventar la agricultura como se ha dicho, y con ella, contribuir a la aparición de las primeras ciudades, crear, por tanto, ese alveolo de relativa seguridad —la cultura— en que la vida puede florecer y continuar. La mujer es **hospitalaria**, dice Mariñas recordando un verso de Antonio Machado, la constructora del hogar, de la casa en que poder **estar**. «Estar, propiamente estar, solamente se puede con una mujer; con el hombre se puede estar haciendo diversas cosas; pero la condición para que se pueda estar con la mujer es que ella empiece por estar en sí misma.» Cuando es así, cuando la mujer lo es a fondo, «todo lo que pasa **pasa por ella**.» Ahora bien, «estar» quiere decir estar **instalado** en la realidad, esto es, en una interpretación verdadera de ella; con otras palabras, en un sistema de creencias, valoraciones, normas, vigencias, ideas, usos, cuya clave de bóveda está presidida por lo **santo**, la confianza en Dios, en lo que es verdaderamente **real**, consistente y eterno, frente a lo mudadizo, pasajero e inconsistente de todo cuanto nos rodea y de nuestra propia y radical indigencia. La Divinidad constituye el último plano de la realidad, aquel que carga de peso, consistencia y destino a todos los demás. Si hoy las mujeres parecen estar **fuera de sí**, «atentas a lo que pasa, lo que se dice y lo que se hace» en vez de atender y ocuparse de lo esencial es, precisamente, porque vivimos sin un sistema coherente de creencias e ideas con que configurar la vida, sistema que hemos perdido por no haber prestado atención a las cuestiones postrimeras: sin ellas nada es, en última instancia, importante, y por consiguiente, la jerarquía que ordena la realidad y la perspectiva que la descubre imposibles. La pérdida de las raíces de la intrahistoria, la dificultad de instalarse en un mundo dislocado y sin orientación son la causa de que la mujer —y el varón— no puedan entrar en sí mismos, crear las condiciones de una **relación personal** estable. Sólo los hombres y mujeres que, nadando



contra corriente, hacen un esfuerzo insólito con todo su ser para intentar alguna claridad sobre lo real y poner en conexión sus diferentes planos constitutivos, **redescubren su sentido**, y pueden, entonces, tener una relación personal, sentir ese «extraño enriquecimiento» mutuo que les aproxima «a lo que merece llamarse **la verdad de la vida**». Hay que decir, sin embargo, que las mujeres, a pesar del irresistible avance de la concepción «cosista» -y reductora de la vida humana surgida durante la segunda mitad del siglo XVIII, han sabido conservar mayoritariamente, adaptado y modificado, el sistema de valores y creencias esenciales que se había ido constituyendo en Europa durante cerca de un milenio. Cerrando, ciertamente, los ojos a cosas inadmisibles y sacrificando muchas más a lo que les parecía fundamental: la continuidad de la vida y la afirmación de su sentido perdurable. La ruptura, en cuanto a las mujeres se refiere, es relativamente reciente. Han sido los hombres los que no han sabido, ni querido, colaborar con la mujer en la vivificación y transformación del ámbito fundamental de la intrahistoria. Marias subraya, en efecto, que han sido los hombres los que han ido convenciendo a las mujeres de dejar de serlo. No todos, pero sí muchos. Reconstruir esa historia permitiría ver **desde su raíz** la historia de los últimos ciento cincuenta años de Occidente. Pero no es éste el lugar de mentarla siquiera.

La mujer y el varón son, pues, realidades personales y amorosas proyectadas el uno hacia el otro, es decir, que cada cual necesita recíprocamente al otro —y a las demás cosas— para ser. Vivir es vivir con las cosas, tener que hacer siempre

El amor como proyecto de la vida humana



algo con ellas, y muy principalmente **convivir** con las demás personas. La relación personal entre la mujer y el varón es la forma superior de convivencia, ya que es en ella donde puede darse su grado máximo: el enamoramiento. Esto ocurre cuando la persona del uno se convierte en **proyecto** vital del otro; entonces es cuando la vida se revela en su consistencia más honda y trascendente: **amar**. O dicho de otro modo, que se interpreta, proyecta y se expresa como amor.

En este proceso de relación amorosa —de amistad o de enamoramiento— la belleza femenina juega un papel principalísimo. No puedo aquí sino señalar algunos puntos esenciales de los jugosos e insuperables análisis de Julián Marías. En última instancia, la belleza femenina, que no es sólo física, sino manifestación corporal de la intimidad de la mujer, se revela cuando el hombre la despierta con la palabra, con su gesto de solicitud. Entonces la belleza de la mujer adquiere, al revelarse el varón, su significación más verdadera: reflejar la posibilidad insustituible, hermosa y buena, de construir un pedazo necesario de mundo. En el enamoramiento compartido, cada enamorado descubre al otro su ser más recóndito, la mismidad de su **quién**, y se convierte cada uno en la vocación más auténtica y felicitaria del otro. La belleza femenina es, pues, por uno de sus lados, la impulsora de la creación humana: «esta corporeidad mortal y rosa donde el amor inventa su infinito», cantó Pedro Salinas. Y Marías: «La belleza es altruista: es para los demás, se ofrece a su goce.» Por eso, «la mujer tiene el **deber** de la belleza: recibir la que le es dada, alegrarse de ella, acrecentarla, depurarla, ofrecerla.» Nada más verdadero. Pero no estoy seguro que lo sea también la aserción de que «el sacrificio de la belleza por motivos religiosos me parece un grave error, dejando a salvo la posible buena intención con que se cometa». La donación de la propia persona a Dios, dejando a un lado su dimensión sobrenatural, viene, precisamente, a recordar de modo permanente **lo más necesario**: que sin El nada tiene a última hora ni verdad, ni importancia. Sólo con Dios al fondo, el amor humano revela su hondura misteriosa, se carga de sentido trascendente.

La mujer y su sombra, canto y desvelación a un tiempo de la realidad femenina, nos recuerda también otro de los caracteres más esenciales de la mujer: **su capacidad de sacrificio**. Ciertos pasajes, en efecto, conjuran en la sensibilidad del lector el innumerable número de mujeres que, en medio de la mayor miseria y en la soledad más triste, han sabido no sólo cuidar de los suyos, sino encender en el corazón de sus hijos o próximos una brizna de ilusión, la suficiente para poder entonar un canto y con él alumbrar el amor de un hombre y de una mujer para que la vida siga. **Belleza y bondad** son las dos caras en que se revela lo mejor de la mujer. Con la inteligencia y la imaginación compartidas con el hombre, constituyen los pilares principales y más firmes del amor como proyecto intrínseco de la vida humana.